

LA REACCION NACIONALISTA EN AMERICA LATINA

Por:
IVONNE PINI
ANA MARIA DE URAN

Hemos llamado reacción nacionalista a diferentes manifestaciones de orden político, cultural y aún económico que se presentaron en América Latina a fines del siglo XIX y mediados del XX, frente a la implantación de un nuevo orden colonial en Sur América y a la expansión imperialista e intervencionista de los Estados Unidos en América Central y Caribe.

I. LA IMPLANTACION DE UN NUEVO ORDEN COLONIAL

El orden neocolonial surgió como consecuencia del desarrollo de la revolución industrial en Europa y Estados Unidos, por la división internacional del trabajo y la expansión imperialista que ella ocasionó. Desde entonces y con más fuerza que nunca, la estructura económica latinoamericana se organizó en función del mercado exterior.

Las transformaciones técnicas y el desarrollo industrial comenzaron a exigir nuevas materias primas y posibilitaron el transporte y consumo de alimentos tropicales y de regiones templadas. Esto provocó que cada país latinoamericano se especializara en la exportación de un solo producto y se consolidara por lo tanto la monoproducción.

La estructura económica heredada de la colonia, que aún imperaba a mediados del siglo XIX, debió reorganizarse. Fue necesario que se adelantaran importantes reformas en los criterios de explotación y tenencia de la tierra, para que la hacienda señorial se transformara en hacienda de tipo capitalista produciendo para la exportación. Por otra parte, la producción minera, la infraestructura de transporte y comunicaciones, el comercio y la banca sufrieron un vuelco.

En la segunda mitad del siglo XIX se adelantaron las llamadas reformas liberales (Mosquera en Colombia, Juárez en México, Sarmiento en Argentina, entre otros), que tuvieron por objeto:

1. La liberación de tierras para el mercado

Privatización de tierras comunales, eliminación de los bienes de manos muertas, es decir, expropiación de las tierras de la Iglesia y liquidación de los resguardos indígenas conquistando inmensos territorios antes no explotados. El avance cruel del blanco y su progreso provocaron hondos conflictos sociales que, debido a la natural resistencia de los nativos, llevó a matanzas tan despiadadas como las provocadas por los conquistadores ibéricos.

2. La estimulación de la producción agrícola

Se incrementó la producción de aquellos frutos exigidos por el mercado mundial (banano y frutos tropicales en el Caribe, carnes, lanas y trigo en el Río de la Plata).

3. Desarrollo de una infraestructura mínima

Su objetivo: posibilitar la expansión de las exportaciones (caminos, puentes, ferrocarriles, puertos, telégrafo, etc.), que sólo se podía llevar adelante por medio de la inversión extranjera.

4. La puesta en marcha de un sistema crediticio y organización de la banca

Realizaciones que se llevan también a cabo con la ayuda del capital extranjero:

El desarrollo de la revolución industrial exigió la expansión de las exportaciones de minerales útiles como el cobre, el estaño, el nitrato, el salitre, el petróleo poco después, para cuya extracción se hizo imprescindible la presencia de capital y técnicas extranjeras.

A partir de la integración de las economías latinoamericanas al mercado capitalista mundial, la mayor parte de los núcleos de desarrollo quedaron como economías de enclave con crecimiento hacia el exterior, sin el efecto multiplicador de una economía de autosubsistencia.

Como consecuencia, en el campo coexistieron la hacienda señorial y la hacienda empresa de tipo capitalista y en la ciudad el capital extranjero dominó el destino económico controlando la expansión minera, la banca, el comercio internacional, las comunicaciones y los transportes.

La expansión de exportaciones influyó en el nacimiento del proceso de industrialización de textiles y alimentos. El aumento de producción y ganancias crecientes provenientes de las exportaciones, permitió la estabilidad del poder adquisitivo de la clase asalariada. Así se constituyó un mercado interno basado en la triple demanda de servicios, vestidos y alimentos. Esto influyó también en el tránsito del artesanado, que ya no pudo responder a la demanda, a la industria de bienes de consumo.

Los cambios económicos acarrearón los sociales. Se afirmó una nueva clase terrateniente que dominó las exportaciones agropecuarias, mientras que las exportaciones de minerales quedaron básicamente en manos de representantes del capital extranjero. Con el proceso industrializador nació una clase empresarial que comenzó a exigir una política gubernamental protectora y exigió una tímida intervención estatal en la economía.

Se hizo imprescindible la transformación de la mano de obra en calidad y cantidad; en calidad, fue necesario transformar el aparato educativo, impulsando la educación pública, enseñanza primaria, escuelas técnicas de artes y oficios y nacimiento de carreras técnicas a nivel universitario (por ejemplo Reforma Vareliana en Uruguay, Sarmiento en Argentina, etc.).

A nivel de la estructura político-administrativa el Estado se modernizó mediante reformas constitucionales y aparatos legales. Sin embargo el nacimiento y formación de los partidos políticos no implicaron la liquidación del caudillismo, del clientelismo y su expresión autoritaria. Al contrario, los partidos dominados por las clases terratenientes o por oligarquías plutocráticas vinculadas a las inversiones extranjeras, fueron un nuevo canal de expresión política del autoritarismo.

El autoritarismo utilizó al partido como modernismo político y el caudillismo se sostuvo como expresión natural del estado fuerte en América Latina. La oligarquía plutocrática junto con los grupos inversores extranjeros, estaban interesados ante todo en sacar materias primas para el mercado mundial lo que, como hemos dicho, ocasionó hondos conflictos sociales que llevaron a las primeras organizaciones obreras y luchas sindicales.

La única forma de mantener el orden para continuar el progreso modernizador fue a través de un estado fuerte y autoritario como los sustentados por Porfirio Díaz en México o el único de Juárez Celman en la Argentina o la República Oligárquica del Brasil. A su turno el progreso de esta oligarquía ofreció al caudillo elementos fundamentales para mantener el orden. En primer lugar los medios de comunicación y transporte permitieron al caudillo reaccionar ante el primer atisbo de movimiento subversivo. En segundo lugar ofrecen nuevas fuentes de riqueza para mantener la clientela. En tercer lugar los contratos de obras

públicas y los empréstitos que ellos ocasionaban daban al caudillo imagen de progresismo, pero sobre todo se convirtieron en nuevas formas de enriquecimiento personal a la par de darle al caudillo a través de los contactos internacionales, otras formas de apoyo social y político.

Cimentando el orden y la prosperidad, el autoritarismo tomó una nueva dimensión, una nueva función. En la primera mitad del siglo XIX, el autoritarismo fue la expresión del arcaísmo latinoamericano, en la segunda vino a representar la sustentación y viabilidad de la modernización y aún más encontró en los intelectuales su justificación.

El positivismo, se ha analizado como reacción contra el romanticismo, contra la fe en los datos de la imaginación y de la sensibilidad, contra el idealismo espiritualista y la especulación metafísica. El positivismo sólo acepta lo fundado en las ciencias experimentales y por ello se ha dicho, no sin razón, que el positivismo es la religión de la ciencia. Se levanta contra la religión, la revelación, la teología, todo lo sobrenatural en nombre de la ciencia y de las realidades concretas, proclamándose por la laicidad.

El positivismo latinoamericano se preocupó por lo científico, lo racional y técnicamente eficaz, otorgándole a la ciencia el poder incomparable de realizar el progreso de la sociedad por medio de la organización racional y científica, pero según un proceso evolutivo pues la revolución para los positivistas sería enemiga del orden y del progreso.

Dada esta inmensa fe en la ciencia, se comprende la denominación de científicos que se les dió al equipo positivista que llega al poder en México en 1892 para apoyar el régimen de Porfirio Díaz. Hoy por aproximación les diríamos los tecnócratas.

Adeptos del pragmatismo americano, los positivistas quisieron emprender la organización económica de los países de América Latina por la vía de los capitales extranjeros, de las técnicas europeas y de la inmigración procedente de esos países, pues su darwinismo social tuvo como corolario la asimilación de la raza blanca con el progreso.

En ese sentido hay que subrayar el juicio peyorativo de los positivistas mexicanos sobre los indígenas como fuente capaz de generar progreso a la nación mexicana o la postura de los positivistas argentinos que oponían la civilización de la inmigración europea a la barbarie del criollismo. Los positivistas fueron los grandes defensores de un régimen autoritario y centralizado al que consideraban como el único capaz de realizar el programa modernizador que exigía una política fundada sobre los principios de la ciencia y destinada a organizar eficazmente el progreso. El régimen autoritario era el que aseguraría el orden y la seguridad contra la anarquía y contra el retorno de las guerras civiles, permitiéndoles a los positivistas, quienes se consideraban los tutores del pueblo, trabajar por el progreso colectivo.

De esta manera el positivismo en América Latina se transformó no sólo en el soporte ideológico del autoritarismo, sino también y especialmente de las clases favorecidas con el progreso modernizador, en especial la de los hacendados o plantadores capitalistas, comerciantes y clases medias que nacían del despegue del progreso a fines del XIX y comienzos del XX.

El caso colombiano dentro de este contexto podríamos decir que es atípico. La vinculación definitiva de Colombia al mercado mundial se dió por medio de la producción cafetera y el proceso de desarrollo capitalista que ello generó, tuvo características comunes al resto del continente. La atipicidad del caso colombiano se encuentra en la forma como la oligarquía plutocrática nacional reorganizó la estructura jurídico-política para mantener el orden que facilitó el progreso y sobre todo en la sustentación ideológica que usó, ya que no fue el positivismo sino el catolicismo.

El café transformó la economía nacional, la equilibró geográficamente y socialmente e integró a diferentes sectores. Los partidos políticos sufrieron transformaciones radicales en su composición social y se afirmó el desarrollo capitalista.

Este proceso exigió una pacificación en la cual estaban interesados todos los sectores latifundistas de Cundinamarca, Tolima, oriente del Magdalena, así como los pequeños productores de Antioquia, Caldas y Valle. Las exigencias políticas y económicas llevaron a un grupo de liberales independientes a formar un solo bloque que constituyó el Partido Nacional dirigido por Rafael Nuñez.

Nuñez proclamaba que el principio de autoridad era el primer instrumento destinado, a la larga, a la complicada tarea de civilización de la especie humana. El fortalecimiento de la autoridad debía traer por una parte el aumento del aparato represivo y al mismo tiempo dicho autoritarismo debía estar sustentado en lo religioso, elemento aglutinante del pueblo colombiano. En tal sentido es necesario aclarar que Nuñez no hecha mano de lo religioso por ser un cristiano devoto, ni mucho menos, sino que era ante todo un pragmático y sabía que así conseguiría no sólo el apoyo de sectores conservadores sino, y esto era lo más importante, de las clases populares. Así, por medio de la constitución de 1886 se logró el retorno al régimen centralista y el robustecimiento del poder ejecutivo. La religión católica, reconocida como religión del Estado, se constituía en elemento esencial de orden social y la educación e instrucción pública se organizó y dirigió en conformidad con los dogmas y la moral de la religión católica.

Liberales y conservadores estuvieron finalmente de acuerdo en otorgarle a la Iglesia una serie de privilegios por medio de la Constitución del 86 y del Concordato que hasta hoy no se ha cambiado radicalmente. De esta manera la oligarquía colombiana encontraba en la Iglesia y la religión un elemento ideológico que legitima su acción política y gubernamental, frente a un pueblo profundamente religioso.

La Iglesia se constituyó así en el gendarme ideológico del régimen cafetero y por ello ha tenido tanta dificultad en percibir la realidad de las masas populares y en cumplir su misión evangelizadora entre ellas durante todo el siglo XX, convirtiéndose además en una de las Iglesias nacionales contemporáneas más retardatarias del catolicismo.

II. PROCESO DE EUROPEIZACIÓN QUE ACOMPAÑÓ EL NEOCOLONIALISMO

Decía acerca de Santiago de Chile un viajero que visitaba esa ciudad hacia fines del siglo XIX: "... el palacio Blanco Encalada es del estilo Luis XV más puro, la residencia del señor Arrieta una espléndida villa florentina. El señor Urmaneta se construyó un castillo gótico y el señor Claudio Vicuña habita una imitación de la Alhambra"⁴. Serán múltiples los ejemplos similares que podríamos citar y si bien la cultura latinoamericana ha sido el resultado de la integración de varios aportes: indígenas, españoles, africanos y posteriormente ingleses, franceses y norteamericanos, la actitud de las élites ha sido incorporar, copiando, los modos de vida, las pautas culturales de los países más desarrollados, asumiendo una actitud de rechazo sistemático hacia el indígena o mestizo y su cultura. El no tener el nivel de civilización del europeo, llevaba a considerar a los nativos de estas tierras como infieles, salvajes, incapaces de incorporarse a los parámetros de su cultura "superior".

Esa serie de fenómenos diversos y complejos que caracterizó la aculturación en nuestro continente, ha pasado por diversas fases: una esencial fue en el siglo XVI, periodo de primer contacto con la población europea, de evangelización masiva y estructuración de las bases coloniales y otra en los siglos XIX y XX cuando se produjo una segunda oleada de penetración tanto de Europa como de Estados Unidos.

El proceso de europeización de las élites aparecía ya en el XIX como signo distintivo no sólo de la copia de los modelos de comportamiento social, sino como clara pauta a seguir en el campo de la cultura.

El profundo sentido imitativo de lo europeo, creó un contraste significativo con la situación del conjunto de la población que permanecía al margen de esa civilización. La posesión de dichos elementos culturales se convirtieron en una forma más de dominio por parte de las élites.

El incremento del proceso migratorio a fines del siglo XIX, no solamente aumentó el número de europeos residentes en América Latina, también influyó en el crecimiento de los centros urbanos. La mayoría de los inmigrantes fueron absorbidos por la incipiente industria ya que su condición de obreros calificados los hacía especialmente apetecidos ante el predominio de mano de obra agrícola. Este proceso migratorio incidió más en determinadas regiones del continente; los países del sur: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay atrajeron un mayor número de inmigrantes acentuando las características de la europeización, favorecida por la casi inexistente población indígena, diferenciándose de lo ocurrido en otras áreas (zona andina, por ejemplo), donde la existencia de una base indígena o mestiza fuerte dificultó la asimilación.

Pese a las diferencias regionales, hay ciertos elementos comunes a la realidad latinoamericana finisecular: se le pedía a Europa nuevas técnicas para la explotación de sus recursos, modelos ideológicos y de urbanización entre otros. La propaganda comercial desde su aparición en los periódicos y revistas ofrecía productos alimenticios europeos, ropa, telas, perfumes, todos artículos "de París" así se fabricaron en Italia o Alemania. La ciudad jugó cada vez más el papel de centro de europeización y la separación ciudad-campo se profundizó. Los grupos dirigentes siguieron absteiniéndose tanto intelectual como materialmente de lo que provenía del viejo continente, con especial énfasis en lo francés. La imitación se hacía sin rubores, por el contrario se alardeaba, siendo esa dependencia no un aspecto a ocultar sino a destacar. A tal grado llegaba el espíritu imitativo y la desorientación estilística, que nadie se extrañó cuando Ecuador envió copias de pinturas extranjeras a la Exposición Universal de París en 1861, agregando en el catálogo que describía el envío:

"Ecuador goza desde hace largo tiempo en América española, de la reputación que le han valido sus pintores. Las pinturas de Quito que se exportan principalmente a Perú, Chile y otras regiones. Si no tienen un gran valor de originalidad, tienen al menos el mérito de reproducir, con una fidelidad notable todas las obras maestras de las escuelas italianas, españolas, francesas y flamencas..."²

Frente a estos planteos se entiende más claramente la actitud de rechazo por todas las formas de cultura popular que se asociaban, vergonzantemente, con lo indígena. No debemos olvidar, por otra parte, la presencia de numerosos artistas europeos que permanecían por breve tiempo o se establecían definitivamente en estos territorios. Varios de ellos formaban parte del grupo de pintores, dibujantes o grabadores topográficos, tan de moda en Europa. Viajaban, observaban y captaban situaciones curiosas y atractivas para los europeos siendo múltiples las "ilustraciones pintorescas" que sobre nuestro continente se publicaron en Europa a mediados del siglo XIX.

Estas mismas visiones pintorescas, europeizadas, se reprodujeron internamente por artistas nativos o extranjeros. No aparecía entre la mayoría de los artistas del período una visión comprometida con la realidad de su medio. Ya sea por el viaje a París, Roma o España y por la copia de las reproducciones de obras de maestros de dichas nacionalidades, el artista local manejó peutas, visiones del medio que le eran ajenas. Ya sea el paisaje, el retrato, el hecho histórico, la vida cotidiana, se trataron teniendo en cuenta la técnica o la propuesta de mayor prestigio en los medios académicos. En el artículo *'Dibujantes y Grabadores de la Argentina'* se señala con razón:

"... el criollo se convierte en una macchietta. Y no será flaco, sino estilizado, no será lealder, sino luchador. El exotismo que detentan tales personajes, conlleva la consecuencia de que en Europa, hasta no hace mucho tiempo, en los niveles supuestamente más culturizados, nos enclavaron en un mundo de chiripaes y plumas..."³

Las imágenes que se plasmaban, las situaciones que se describían en literatura, correspondían a una realidad a veces vista por nacionales pero con ojos de extranjero, en muchos casos el trasplante cultural funcionó por mimetismo, desconociendo la base sobre la que se apoyaba. La actitud supuestamente universalista que manejó la élite intelectual latinoamericana en el siglo XIX fue, en la mayoría de los casos, imitación de las corrientes europeas.

III. PROGRESIVA BÚSQUEDA DE IDENTIDAD

En las últimas décadas del siglo XIX, comenzó a sentirse creciente preocupación por la falta de un arte nacional, de una escuela propia. Cita Jorge Alberto Manrique⁴ algunos ejemplos de ese estado de espíritu: el mexicano Ignacio Manuel Altamirano planteaba:

"Revestir nuevas formas, si vale expresarse así y asumir un carácter nacional que nos pertenezca o al menos pertenezca a América", el cubano José Martí iba más allá "... todo anda y se transforma y los cuadros de vírgenes pasaron. A nueva sociedad, nueva pintura."

En Argentina, los artistas de la generación del 80 comenzaban a tomar conciencia respecto a los problemas que aquejaban al país, se revalorizaban algunos personajes por ejemplo el gaucho y su situación fue mostrada en todo su dramatismo por José Hernández en su *Martín Fierro* (1872). La masiva llegada de migración europea amenazó tanto al gaucho como al indio quienes acosados veían desaparecer su entorno, su propia posibilidad de existencia.

La pintura incorporó temas con intención social como '*El Despertar de la Sirvienta*' (1887) que realizó Eduardo Sívori en París. Allí fue una de las tantas obras de desnudo, en Buenos Aires se prohibió su exhibición pública, se trataba no sólo de un desnudo femenino, era el desnudo de la sirvienta destacándose la situación de mujer sometida y de allí el revuelo.

Años antes en 1883 temas como '*La sopa de los pobres*' de R. Guidici y posteriormente '*Sin pan y sin trabajo*' de Ernesto de la Cárcova (1894), ponían en evidencia un realismo social, un acercamiento a problemas locales, no utilizado hasta entonces por la pintura.

La literatura mostró también un importante proceso de cambio. La búsqueda de una modernidad propia en la que estaban empeñadas figuras claves de la literatura finisecular. Modernismo fue la denominación que utilizaron los escritores latinoamericanos para llamar al nuevo arte que practicaban y por primera vez elegían un término que no copiaba las designaciones de las escuelas literarias europeas.

La publicación de *Azul* (1888) de Rubén Darío dió impulso a esta rebelión literaria contra la tradición. Renovación en el lenguaje que no solo significó ruptura, sino la concreción de una serie de aportes en el manejo de la lengua, en la construcción formal, en el enriquecimiento del vocabulario. Figuras como las de Rubén Darío, la de José Enrique Rodó van configurando el planteo modernista y definiendo una aproximación en la búsqueda de lo latinoamericano. Señala Rodó en Ariel:

"El cosmopolitismo que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán el americano definitivo del futuro"⁵

El modernismo, tan amplio en cuanto a sus intereses, permitió incorporar planteos claramente antiimperialistas, como los del cubano José Martí, e ideas socialistas como las del argentino Leopoldo Lugones.

Sin embargo, uno de los problemas básicos con que se enfrentaba la intelectualidad latinoamericana del período, era lo restringido del público consumidor del arte. Pese a sus esfuerzos los nuevos aportes, las discusiones sobre distintos tópicos de la cultura, quedaban en los hechos reducidos a ser conocidos por el pequeño grupo de intelectuales preocupados por esos problemas.

Esa progresiva búsqueda de identidad recibió importante impulso en México a través del grabado. En el período del porfiriato había aumentado entre los sectores dominantes la actitud de poner los ojos en Europa y en lo cultural la aspiración de quienes se consideraban gente de "buen gusto", era participar de las modas allí imperantes. Como contrapartida el desprecio por lo nacional aumentaba, rechazándose toda manifestación autóctona. Sectores vinculados a la oposición, tomaron elementos del arte popular y lo incorporaron a sus propuestas culturales como manifestación de lo nacional. Tanto la literatura, como la música y las artes plásticas a través de los periódicos de oposición, incorporaron la caricatura política como arma contra el porfiriato⁶. Son varios los nombres de periodistas y grabadores que se sucedieron debiendo sufrir cierres, persecuciones y hasta la muerte como consecuencia de sus planteos.

La larga nómina de grabadores mexicanos que desde mediados del siglo XIX ilustraron periódicos, realizaron hojas volantes de propaganda, incluye entre nosotros a: Luis González, Emilio Ordoñez, Constantino Escalante, Santiago Hernández, Julio Rueles, Gabriel Vicente Gahona (Picheta). Como incisivos críticos de la situación política de la época, se convirtieron en sus verdaderos ilustradores, separándose de los artistas académicos y su apego a los modelos europeos.

José Guadalupe Posada aparece como punto culminante de esta búsqueda. Dirigió sus planteos a todos aquellos sectores marginados que no podían participar de las propuestas del "buen arte". Campesinos, obreros, artesanos, indígenas en su mayoría analfabetos, recibían las propuestas de Posada; pero también interesó a los intelectuales, clases medias, sectores de burguesía nacional que luchaban contra el régimen del porfiriato. Sus más de quince mil grabados ilustran cuentos populares, corridos y sus calaveras despojadas de sentido trágico, se convirtieron en personajes cotidianos que vivían las alegrías, los dolores, la injusticia. Sus ilustraciones iban acompañadas de coplas, en que utilizando el lenguaje popular con sus modismos e ironías, se acercaba a los sectores marginados y sin posibilidades de participar en la cultura elitista de los porfiristas.

Esta preocupación por lo cotidiano, la vinculación al lenguaje popular, la reivindicación de elementos nacionales que manejó Posada permite comprender el por qué de su influencia en la obra posterior del muralismo mexicano. Desde fines del siglo XIX y hasta la iniciación de la primera guerra mundial, se comenzó a desarrollar en América Latina un balbuasante nacionalismo cultural. El ascenso de nuevas clases sociales, el progreso que en parte de nuestros países tuvo la enseñanza primaria y secundaria, la ampliación del derecho de sufragio, permitió un aumento en la participación política. El nacionalismo apareció como expresión de afirmación cultural en la literatura, en obras como *Nuestra América* de José Martí o *El destino de un continente* del argentino Manuel Ugarte. Se abordaban allí temas como la solidaridad latinoamericana contra la dependencia y los intereses hegemónicos de las potencias.

La cultura latinoamericana sentía la necesidad de la afirmación de un lenguaje nacional, de la búsqueda de sus propias formas de expresión; ya que junto al predominio europeo característico, aparecía en el continente otro polo de atracción, otro polo de imitación: los Estados Unidos.

La larga discusión entre las ventajas de la cultura latina (identificada básicamente con la francesa) y la anglosajona (norteamericana esencialmente), sacudió el interés de los intelectuales latinoamericanos. La atracción que para algunos tenía el pragmatismo americano, llevaba a otros a advertir el peligro político

que podía haber detrás de esa admiración. Baste recordar la *Oda a Teodoro Roosevelt* de Rubén Darío y el *Ariel* de José Enrique Rodó, donde define el humanismo espiritualista de América Latina enfrentado al materialismo utilitario de Estados Unidos.

Esos planteos que embrionariamente cuestionaban la dependencia a modelos externos, se aceleraron con el aumento del intervencionismo norteamericano.

IV. LA EXPANSION INTERVENCIONISTA E IMPERIALISTA EN EL CARIBE Y AMERICA CENTRAL

Desde la independencia los Estados Unidos manifestaron sus intereses expansionistas en América Latina. Este se desarrolló en la primera mitad del siglo XIX y se concretó con la incorporación de más de la mitad de México a los Estados Unidos. Pero fué en la segunda mitad del siglo XIX, luego del descubrimiento del oro californiano, de la conquista de la Costa Pacífica, de la unificación del sistema de desarrollo capitalista provocado por la segunda revolución industrial en Estados Unidos y la guerra de Secesión, que los intereses estadinenses sobre la América Latina se manifestaron más claramente.

En relación al conjunto de América Latina, se manifiestan intereses comerciales, dada esa gran capacidad de expansión y de inversiones de finales del siglo XIX y comienzos del XX, e interés político de concretar una unidad panamericana, obviamente liderada por los Estados Unidos.

Pero fue en la región de América Central y el Caribe donde se presentaron los intereses particulares de los Estados Unidos. En primer lugar el interés geopolítico: América Central y el Caribe constituye el corazón de América, quien lo domine la dominará. El Caribe es un verdadero mar interior y desde allí se controlan las relaciones entre el sur y el norte de América, las comunicaciones con Europa y a través del Istmo centroamericano todas las comunicaciones entre el Pacífico y el Atlántico.

Por eso el Caribe y América Central fueron el ple de fuerza de los españoles, el centro de las acciones piráticas de ingleses, franceses y holandeses, el lugar de lucha por el dominio de la región entre Inglaterra y Estados Unidos en el siglo XIX y el centro de intervenciones militares de los Estados Unidos desde fines del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX, hoy una de las áreas de mayor conflicto mundial.

Con la maduración del capitalismo estadinense, fué fundamental obtener una vía de comunicación entre el Atlántico y el Pacífico y estos intereses de orden geopolítico pero también comercial, determinaron la acción directa de los Estados Unidos en territorios nicaragüenses y colombianos en el siglo XIX y su intervención para provocar la separación de Panamá, creando en 1903 un estado artificial que le permitió fijar las condiciones para abrir el canal interoceánico, esencial para el dominio político en la región y la expansión de su comercio. Nicaragua se transformó en ocupación militar (1912-1924 y 1925-1933) generando poco después, el levantamiento armado liderado por Augusto César Sandino.

La ocupación de Haití entre 1915 y 1933 tuvo también causas estratégicas, políticas y comerciales. Admirablemente situado sobre la ruta del Canal de Panamá inaugurado en 1914, Haití tiene el extremo noroeste de su territorio sobre el Canal del Viento entre Haití y Cuba, un puerto que domina la entrada de este canal sobre el mar Caribe: el muelle de San Nicolás conocido como el Gibraltar del Nuevo Mundo. Los intereses por dominarlo de parte de los alemanes y Estados Unidos se manifestaron desde 1891. Por eso el Secretario de Estado Bryan escribía a Wilson en 1913: "es importante no dejarlo tomar por ninguna otra nación."

La lista de intervenciones militares con fines punitivos, estratégicos, financieros o de policía realizados por los Estados Unidos en América Central y el Caribe entre 1891 y 1912 fué la siguiente:

- | | |
|------------------|---|
| 1891 - Haití | 1903 - República Dominicana y Guatemala |
| 1895 - Nicaragua | 1906 - 1909 - Cuba |

1898 - Puerto Rico y Cuba

1909 - 1910 - Nicaragua

1902 - Venezuela

1903 - República Dominicana y Colombia

1907 - República Dominicana

1909 1910 - Nicaragua

1910 - Honduras

1901 - Honduras

1912 - Nicaragua, Cuba, Rep. Dominicana

Intervenciones de marines transformadas en ocupación militar:

Nicaragua: 1912 - 1925; 1926 - 1933

Haití: 1915 - 1934

República Dominicana: 1916 - 1924

V. LA REACCION NACIONALISTA

Analizaremos la reacción nacionalista tanto en su vertiente política como cultural.

La reacción nacionalista a nivel político

Tuvo dos grandes líneas: por una parte la reacción frente al modelo neocolonial y europeizante instalado, y por otro la lucha antiimperialista ante el avance y las intervenciones militares de los Estados Unidos.

En el primer caso podemos señalar dos ejemplos: el mexicano y el argentino. La revolución mexicana de 1910 tiene cuatro características fundamentales:

1. Es un movimiento liberal contra el despotismo del Porfiriato sustentado por los científicos positivistas.
2. Es sustentada por una clase criolla industrial, urbana naciente que se opone a la oligarquía terrateniente y minera articulada con el capital extranjero.
3. Es indigenista y campesina en la medida que hubieron levantamientos campesinos y de indígenas que reclamaban tierra y libertad.
4. La clase obrera naciente también se incorporó al proceso reclamando la jornada de ocho horas.

Los intelectuales y clases medias sensibles a las injusticias sociales se oponen al monopolio ideológico de los 'científicos', mediante ideas socialistas y nacionalistas donde el indigenismo y la realidad mestiza de la sociedad mexicana pasó a ser exaltada.

Pero la característica común a todos los sectores sociales que se levantaron contra el despotismo, fue enfrentar a la xenofobia oficial la xenofobia popular. Es decir, la voluntad de recuperar el patrimonio nacional, de levantar la cabeza ante el extranjero, controlar las riquezas del país, encontrar identidad nacional en la dignidad y en el orgullo de su raza dando nacimiento al nacionalismo económico, político y cultural.

En el caso argentino debemos mencionar la lucha por la democracia popular y la dignidad nacional. La élite oligárquica impulsó un desarrollo económico dependiente de Inglaterra, manejaba los resortes del poder con una concepción autoritaria del poder ejecutivo, usando permanentemente las facultades extraordinarias y el fraude electoral. Tenían asegurado el control económico en la medida en que -en un país agro exportador- poseían la tierra. Para hacerla producir desarrollaron la inmigración y las obras públicas procurando que sus beneficios recayeran sobre ellas. Para lograr el mayor rendimiento, la oligarquía no había vacilado en conceder a los capitales extranjeros (generalmente ingleses) ventajas inmoderadas que comprometían la estabilidad financiera del estado y aún su propia soberanía, aumentando desmedidamente tanto los empréstitos como el valor de la deuda externa.

La llegada de inmigrantes (españoles, italianos, franceses) que no permanecieron en el campo, transformó la ciudad, ya que se instalaron en los centros urbanos, especialmente en Buenos Aires donde florecían las industrias. Estos inmigrantes se mezclaron rápidamente con la población criolla, empezando a manifestarse el sindicalismo impregnado de ideas anarquistas y socialistas traídas por los inmigrantes.

En los suburbios se desarrollaron formas de vida y hábitos campesinos mezclados con una beligerante hostilidad hacia las formas de vida urbana; allí se dió la mayor resistencia contra la concepción progresista y civilizada de la élite. A medida que el progreso se fue decantando, sus tendencias políticas se perfilaron. La masa del suburbio se organizó contra la élite y se manifestó antioligárquica, antiliberal, refractaria a la civilización europea buscando sus propias formas de expresión cultural.

En este ambiente la masa va afirmando su enérgico impulso democrático acentuando el tono popular hasta sobreestimar lo que la élite menospreciaba. Progresivamente se fué perfilando una actitud política que exigía renovación y se orientaba hacia la democracia. La lucha intransigente de la Unión Cívica Radical -radicalismo orientado por Hipólito Irigoyen, principal representante de esta tendencia antioligárquica, nacionalista y democrática-. El principio de intransigencia respondía a la firme convicción de que la masa popular tenía aspiraciones legítimas que la oligarquía no quería satisfacer y que solo serían obtenidas con el triunfo de un movimiento democrático.

La revolución de 1905 de los radicales se proponía como único programa la realización plena de la constitución nacional y el ejercicio del voto universal para todos los argentinos. La revolución fue vencida, pero en la ilegalidad se fortaleció un partido nacional y muchos miembros de la oligarquía comenzaron a comprender que sólo habría paz si se permitía una real participación política de todos los argentinos. Esta fue reconocida por la amnistía a los revolucionarios en 1908 y la Ley Electoral de 1910 la que permitió el triunfo del Radicalismo en 1916, intentando consolidar una política de corte nacionalista e independiente de las exigencias del Imperialismo.

El otro tipo de reacción nacionalista estuvo marcado por una fuerte actitud antiimperialista y se dió en aquellos países ocupados por fuerzas militares. Hay dos casos destacables como ejemplos: el de Nicaragua y la lucha de Sandino y el del pueblo haitiano.

Una vez consolidada la separación de Panamá y construido el canal interoceánico, Estados Unidos buscó monopolizar toda posible alternativa de canal interoceánico, de allí su interés en Nicaragua que presentaba condiciones favorables para la construcción de una vía alterna. La actitud nacionalista del dictador Santos Zelaya llevó a la intervención militar de los Estados Unidos. Hasta 1933 la dominación estadounidense tuvo el carácter de dominación colonial ya que imponía a los integrantes de los aparatos del poder político en Nicaragua.

El control militar y político se vió enfrentado a la oposición de carácter popular a la que se sumó los sectores cafetaleros liberales separados del poder por la acción de los conservadores, especialmente desde 1925. Los liberales pactaron con el imperialismo en 1927 y se confirmó el status colonial de Nicaragua ya que el pacto estipulaba, entre otras cosas, la continuación de la permanencia del ejército de ocupación yanqui hasta que este organizara en el país una guardia nacional. El único general que no pactó fue Augusto César Sandino que inició el alzamiento guerrillero contra la ocupación territorial por parte de las fuerzas extranjeras.

La lucha de Sandino se mantuvo hasta la retirada de los marines en 1933 cuando el ejército norteamericano había preparado ya un instrumento que no exigía la presencia militar estadounidense para garantizar el control y dominio de la sociedad nicaragüense: la Guardia Nacional. En ese momento Sandino aceptó la tregua establecida por el entonces presidente y con el director de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza García, inició conversaciones para la pacificación del país. En 1934 el propio Somoza traicionó a Sandino dándole muerte y aniquilando temporalmente su movimiento. Desde entonces la lucha sandinista se convirtió en símbolo latinoamericano contra el imperialismo norteamericano.

El otro caso de lucha popular contra la invasión norteamericana lo proporciona el pueblo haitiano. Al igual que en el caso nicaragüense, la ocupación militar de Haití (1915 - 1933) obedeció a razones estratégicas, financieras y políticas. El nacionalismo y la resistencia armada de los haitianos no demoró en manifestarse. La resistencia rural fué comandada por Charlemagne Peralte, jefe de la guerrilla de los "cacos" y pronto convertido en símbolo de la resistencia. El nacionalismo urbano también se hizo sentir. Las clases dirigentes separadas de sus posiciones tradicionales, no se sentían cómodas con un ocupante que además era profundamente racista. Surgieron grupos de nacionalistas formados por intelectuales, periodistas y fue de suma importancia el grupo que se reunió alrededor de Price Mars, padre del movimiento de negritud. Este grupo le dió gran importancia a los valores culturales africanos, revalorizó el vudú y como había sucedido en la lucha por la independencia nacional en 1804, volvió a jugar un papel fundamental como elemento aglutinador del pueblo haitiano, convertido en catalizador de la lucha por la liberación nacional.

La lucha del pueblo haitiano tuvo resonancia internacional y el presidente Hoover en su visita a Argentina fué recibido por una muchedumbre que gritaba: *¡Libéré Haiti!*, el tiempo que los grandes periódicos como La Nación y La Prensa de Buenos Aires solicitaban la evacuación de tropas de Haití y de Nicaragua.

En Colombia, una de las naciones que más fuertemente había sufrido por esa época la agresión imperialista de los Estados Unidos, el nacionalismo no tuvo la fuerza que exigieron las circunstancias. Aunque hay que recordar el nacionalismo de figuras como las del General Benjamín Herrera y la protesta popular ante la consolidación de la separación de Panamá. Sin embargo no se engendró un movimiento de corte nacionalista, antiimperialista, como los que se sucedían en otras latitudes.

La reacción nacionalista a nivel de la cultura

Señalábamos anteriormente que las primeras décadas del siglo XX se caracterizaron en nuestros países por ser una etapa de conflictos y luchas tanto políticas como sociales. Hechos como la revolución mexicana, las intervenciones norteamericanas en Centro América y el Caribe, el irigoyenismo en Argentina, acompañados de novedades ideológicas -creación de partidos comunistas en diversos países, fundación del APRA por Haya de la Torre, el movimiento que lo precedió: la reforma universitaria cordobesa en Argentina-, sirvieron como marco básico para dar las pautas sobre las que se apoyaron las manifestaciones culturales del período.

Esta etapa significó por una parte, romper con la sistemática dependencia de los modelos académicos europeos y por otra impulsar un doble objetivo: integrar propuestas plásticas de las vanguardias internacionales pero sin desconocer que América Latina era capaz de proporcionar temas para el arte, uso del lenguaje, del color, de las texturas. El vanguardismo, la modernidad se integraba en la participación de las luchas contra la dictadura, el arcaísmo económico, la represión, abriéndose una mayor conciencia americanista vinculada a la búsqueda de identidad nacional.

Fueron múltiples los movimientos artísticos que se dieron en el contexto latinoamericano en las décadas del 20 al 30: el movimiento muralista mexicano; en Brasil, el grupo *Antropófago* y *Pau Brasil*, la *Semana del Arte Moderno* en San Pablo, el *Manifiesto Regionalista* de Freyre; en Buenos Aires, el grupo que se aglutinó alrededor de la revista *Martín Fierro*; el *Grupo Montparnasse* en Santiago de Chile; en Cuba el aglutinamiento en torno a la *Revista Avance*. Como bien lo señala J. A. Manrique⁸:

"Une y separa, hacia un lado el siglo XIX constituido fundamentalmente de reflejos de otras partes, de importaciones de artistas, de obras y de escuelas, que en realidad se prolonga en lo fundamental hasta las dos primeras décadas del siglo nuestro, y hacia el otro lado un siglo XX en el que América Latina dice, por fin, "su" palabra al mundo en materia de artes plásticas".

Los cambios culturales marcan la necesidad, el afán, de tener en cuenta el arte popular, los elementos autóctonos, acabar con la tradición académica buscando incidir en la creación de nuevas condiciones sociales. Como bien lo señala Adelaida de Juan: "La vanguardia artística se siente al mismo tiempo vanguardia política".

Claro ejemplo de esta aseveración fue el arte mexicano después de la revolución. Desde sus orígenes trató de aglutinar, como tantas veces lo manifestaran Orozco y Rivera, tres valores: lo nacional, lo popular y lo revolucionario. Dirá Orozco:

"Lo que diferencia el grupo de pintores muralistas de cualquier otro grupo semejante es la capacidad crítica. Por la preparación que la mayor parte de ellos tenía estaban en la posibilidad de ver con bastante claridad el problema del momento y saber cuál era el camino que había que seguir. Se daban perfecta cuenta del momento histórico en que les correspondía actuar, de las relaciones de su arte con el mundo y la sociedad presentes."⁹

El compromiso que intentaban asumir los llevó a incorporar elementos del folklore, de la historia, de la arqueología para darles un contenido presente. El mural debía educar, pero educar políticamente reafirmando y revalorando las tradiciones desconocidas o despreciadas por el arte anterior. La necesidad de afirmar un arte nacional se consolidaba en la medida en que lo nacional había sido negado hasta entonces.

La creación del *Sindicato de Pintores, Grabadores y Escultores en 1922* y su *Declaración* dirigida a "los soldados convertidos en verdugos de sus jefes, a los trabajadores y campesinos azotados por los ricos, a los intelectuales que no adulan a la burguesía", resumen la orientación del arte de la época. Entre sus postulados estaba el de considerar el arte como propiedad de todas las clases sociales, favorecer el trabajo colectivo y recomendar que "los valores nacionales se relacionen íntimamente con las corrientes internacionalistas del arte omoderno"¹⁰.

Y efectivamente lo hicieron Rivera, Orozco y Siqueiros cuando utilizaron aportes del lenguaje universal para narrar hechos de la nacionalidad mexicana. La caída posterior en un muralismo que terminó siendo tolerado y absorbido por el Estado, en un arte que abandona el problema formal, las preocupaciones estéticas, en aras de repetir una temática retórica, no invalida su significación inicial ni la influencia que tuvo en el resto del continente. Como señalábamos anteriormente, el recrudescimiento de la actitud nacionalista, que alcanzó en México su significación más destacable, apareció en la década del 20 como un fenómeno que incidió en el conjunto del ámbito latinoamericano. El arte vinculado a las aspiraciones nacionalistas encajaba bien en el conflictivo contexto histórico que vivían nuestros países en esas décadas. El compromiso arte-política se reforzó no solo en México sino en América Latina toda. Obviamente la influencia mexicana fue mayor en aquellas partes donde las condiciones sociales eran más similares a las suyas, donde el problema indígena estaba latente, donde existía tradición artesanal más arraigada como era el caso de Bolivia, Perú o Ecuador. En muchos aspectos la influencia no fue la simple transposición del modelo sino la identificación con una propuesta que trataba de estructurar una búsqueda latinoamericana.

Brasil es otro caso destacable en ese contexto y la década del 20 marcó también para ellos una serie de cuestionamientos a los esquemas estereotipados sobre los que se movía su cultura.

Con el fuerte peso de la tradición africana, el desarrollo de propuestas de arte popular, la presencia del arte indígena que continuaba floreciendo en algunas regiones, Brasil nutrió su cultura con esas raíces. La generación de artistas de los 20 tuvo en cuenta esos elementos y los incorporó a su conocimiento de la vanguardia internacional. Figuras como las de Mário de Andrade en literatura con su *Macunaíma*, la música de Héctor Villalobos, fueron puntas de lanza claves para rescatar y dignificar un lenguaje nacional, buscando preservar sin cambios sus tradiciones. Afirmadas ellas sería posible incorporar y adoptar el estilo internacional.

Estos planteamientos culminaron en la Semana del Arte Moderno de San Paulo en 1922. Concier-tos, lectura de poesía y prosa, exhibición de obras de arte se sucedieron con una intención básica: revisar va-lores, luchar contra el academicismo. Las exposiciones de Anita Malfatti y Lasar Segall, los esfuerzos de Di Cavalcanti, prepararon este acontecimiento cultural que hizo historia. La "vuelta a la naturaleza", prego-na-da también por los movimientos *Antropófago Pau Brasil* buscaban nutrirse en temas como la vida del pue-blo, escenas de carnaval, mulatas, calles colmadas de bailarines de samba. Esta temática que incorporaba lo cotidiano, lo nacional se representaba siguiendo pautas vinculadas a las propuestas plásticas de París. Cubis-mo, fauvismo, futurismo penetraban en la pintura brasileña, concibiendo una temática nativa dentro de pau-tas estéticas de la vanguardia internacional.

El ciclo de esta década se cerró en Brasil con el Primer Congreso Regionalista celebrado en Recife en 1926. Se planteó allí un problema que inquietó a distintos intelectuales latinoamericanos: la posibilidad que el excesivo cosmopolitismo de las vanguardias terminara absorbiendo la riqueza de propuestas regionales existentes.

El manifiesto de dicho congreso redactado por Gilberto Freire ponía en evidencia los trabajos de investigación existentes sobre zonas aparentemente relegadas, fácil presa de la aculturación y se revaloraron, destacándose los aportes locales, especialmente significativos en un territorio tan extenso y diverso en sus pautas culturales como es Brasil.

El llamado de atención se hacía desde un territorio rico en tradiciones culturales propias y en re-gionalismos, pero desde allí se lanzaba el alerta para toda América Latina ¹¹

El deseo de G. Freire no era detener el progreso, deseaba solamente conciliar la historia, las tradi-ciones y el espíritu de la región con una incorporación de elementos nuevos que no negaba, pero buscaba se adecuara a la realidad existente.

En Buenos Aires se fundó en 1924 la Revista *Martín Fierro*. Frente a la andanada de críticas que recibían los jóvenes escritores y pintores, crearon una publicación que los representaba. Desde sus pági-nas se criticó duramente a lo académico, mientras se apoyaban a figuras como las de Pettoruti (quien con su exposición cubista de 1924 causó escándalo) a Xul Solar y el uruguayo Figari. Todos ellos formados en Europa e intentando, como lo expresaban en su publicación, desarrollar una nueva sensibilidad, una nueva comprensión frente al hecho artístico. Su propuesta era una revolución en el arte partiendo de una temática nacional pero incorporando las pautas de los nuevos lenguajes literarios y plásticos.

Sus planteos encontraron oposición no solo en la academia sino también en otro grupo que se formó en el mismo período: el llamado Grupo de Boedo, para quienes era necesario hacer "un arte para la revolución". Para ellos la función del arte era específica: convertirlo en un medio de acción política que obrara sobre las masas para despertar su conciencia de clase. Vinculados a los movimientos anarquistas y socialistas que comenzaban a desarrollarse en Argentina a comienzos de siglo, con fuerte incidencia de los inmigrantes europeos, buscaban un lenguaje directo donde la temática del trabajo, la ciudad, los problemas cotidianos, las luchas obreras, fueran representados de manera comprensible. De allí la preferencia por el grabado, ya que la posibilidad de reproducción garantizaba que llegaran a un mayor número de personas. José Arato, Abraham Vigo, Adolfo Bellocco fueron algunos de los artistas integrantes del grupo.

Los dos grupos, el de Florida (nucleado en torno a la publicación *Martín Fierro*) y el de Boedo po-nían en evidencia las diversas vertientes que se daban en las búsquedas artísticas del período. Una más vin-culada a la temática del arte social y la otra vinculada a la vanguardia formalista. Estos últimos criticaban la actitud de avance política y de reaccionarismo en el arte del grupo de Boedo, mientras estos acusaban a los de Florida de reaccionarios en el arte y por lo tanto en política.

Estos ejemplos son demostrativos no solo de la variedad de propuestas que podían abrirse en un mismo contexto, sino de la mayor incidencia que los movimientos internacionales, tanto en el plano artístico como ideológico, tuvieron en aquellos países donde el peso de la tradición indígena o africana era prácticamente inexistente.

En Chile, el acercamiento a un arte nacionalista también se dió. Los problemas rurales, la quiebra de la producción de salitre, la explotación del cobre por compañías norteamericanas y el conocimiento de la propuesta mexicana, llevaron a que algunos artistas como Waldo Vila, Héctor Bandera, Carlos Faz y sobre todo José Venturelli, abordarán una temática nacionalista. Venturelli, identificado con la obra de Siqueiros se compenetró con la problemática indigenista. Con una gran economía de dibujo (influencia de su permanencia en China) trabajó rostros aindiados, de un crudo expresionismo. Su intención fue representar la universalidad de la tragedia latinoamericana más que el localismo.

Mientras esto sucedía en el sur del continente el panorama caribeño presentaba diversas alternativas.

En Cuba, desde 1915 funcionaba la Asociación de Pintores y Escultores, lugar de exhibición de las obras de los nuevos artistas. La década del 20 fue un período de alza de las luchas populares, se fundó el Partido Comunista y los artistas se vincularon a esas luchas siendo su temática de claro sesgo nacionalista. La publicación de la Revista Avance (1927) apoyó a los artistas jóvenes como Víctor Manuel, Carlos Enriquez, Abela. La idea de "arte nuevo" y "cubanismo" aparecían, para ellos, indisolublemente unidas, integrando las propuestas del arte internacional a su propia realidad.¹²

En Haití, el desarrollo del movimiento de negritud que anteriormente mencionamos, reafirmó los valores de un arte que se nutre en sus raíces africanas, en sus tradiciones, que resulta de una expresión individual pero que debe satisfacer el gusto colectivo, funcionando como expresión social. Su arte afirmó la vinculación con la temática del vudú, con su historia, sus tradiciones y festividades. Price Mars destacó el papel del arte haitiano como un elemento básico de afirmación nacionalista en un país que se consideraba a través de su movimiento de negritud, como defensor de la raza negra en un mundo de imperialistas blancos.¹³

El desarrollo de ese complejo mundo de la cultura de la década del 20 al 30 puso en evidencia las diferencias regionales, la variedad de soluciones propuestas por los diversos países latinoamericanos. Pero presentan una vertiente común: la necesidad de romper con los moldes académicos, acercándose a una temática que se alimentara en sus propias raíces, pero tratando de que la búsqueda de identidad no impidiera la integración de las propuestas de vanguardia. Todo ello inmerso en la preocupación de vincular el arte a la problemática realidad social que los rodeaba.

El modelo mexicano, cuya escuela nacionalista logró la mayor coesión en el continente, empezaba a mostrar síntomas de descomposición, la nueva burguesía mexicana, afirmada en el poder, era la consumidora básica del nuevo arte nacionalista. La actitud pontificadora de figuras como la de Siqueiros con sus tajantes afirmaciones de: ¡Muera el arte de caballo! o "No hay más ruta que la nuestra", lejos de despertar simpatías entre los demás artistas llevaba a que se cuestionara la validez del nacionalismo a ultranza, y que por el contrario se comenzara a comprender que un exceso de nacionalismo podía impedir el contacto con lo universal. Los artistas sintieron la necesidad de un mayor cosmopolitismo y lentamente el arte latinoamericano comenzó un nuevo viraje.

5- De la crisis del neocolonialismo a los regímenes nacionalistas populistas

A partir de la integración de las economías latinoamericanas al mercado mundial, estas sufrieron el vaivén de los ciclos económicos y políticos que se dieron en los países centros del capitalismo mundial.

La primera guerra mundial, la crisis de 1930, la segunda guerra mundial incidirán en la vida económica, social y política de una manera radical pero con signos totalmente diferentes a los operados en los países centros del proceso.

Entre 1880 y 1914 se produjo el desarrollo capitalista latinoamericano bajo la tutela de inversiones extranjeras, los grandes bancos construyeron sus imperios con la anuencia de las oligarquías locales y las inversiones producían jugosas ganancias. Los activos de la London and River Plate Bank pasaron de 4 millones en 1880 a 32 millones en 1914, el Anglo South American Bank pasó de 1 millón en 1900 a 8 millones en 1914.¹⁴

Sin embargo, los otros bancos europeos no dejaron a los financistas de Londres el monopolio de un mercado financiero tan interesante, la *Deutsche Bank* y la *Dresdner Bank* fueron las cabezas de la banca alemana inversora en América Latina, la banca francesa estuvo representada por la *Banque Francaise pour la Amérique Latine*, la *Banque Francaise pour le Brasil*, etc. La lista es muy extensa, pero no podemos dejar de citar la presencia de bancos italianos, suizos, holandeses y sobre todo no olvidar la *National City Bank*, la *Speyer and Co.*, la *Banca Morgan* representando los intereses norteamericanos en América Latina, especialmente en México, América Central y el Caribe.

Esta lista nos hace comprender por qué uno de los capítulos de la historia latinoamericana de esta época fué llenado por las rivalidades de los bancos en nuestro continente. En 1914 el valor nominal total de las inversiones extranjeras alcanzaban los 8 billones y medio de dólares americanos. Esta presencia de los capitales ingleses, alemanes, norteamericanos y franceses, sin olvidar los otros menores pero tampoco despreciables, llevó a sugerir la idea de un verdadero reparto de áreas de influencia. Uno de los planes alemanes de reparto propuesto por Otto Richard Tannenbergh, preveía un acuerdo anglo alemán para dividir América Latina en tres: una región alemana con Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, sur de Bolivia y del Brasil; la segunda inglesa con Perú, Ecuador, norte de Bolivia y del Brasil y la tercera norteamericana con México, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Colombia, Venezuela, Haití, Cuba, República Dominicana y México. Este reparto político económico de nuestra América Latina nos recuerda el reparto de África por la misma época.¹⁵

Como lo habíamos dicho, estas inversiones se orientaron especialmente a expandir las exportaciones de materias primas y alimentos, lo cual provocó el desarrollo de una infraestructura mínima de comunicaciones, el nacimiento de la industria, la expansión de los servicios y la dinamización del mercado interior.

Estas economías, ya en pleno dinamismo de crecimiento capitalista dependiente, recibieron un impacto decisivo debido al proceso económico desencadenado por la primera Guerra Mundial. Esta jugó un papel de impulso, de aceleración del proceso ya iniciado. De una manera general las hostilidades europeas tuvieron un efecto positivo sobre las economías latinoamericanas. Por una parte exigió la sustitución de importaciones de procedencia europea y por otra las naciones en guerra demandaron, más que nunca, materias primas y productos alimenticios latinoamericanos haciendo subir enormemente el nivel de las exportaciones. Ambos efectos estimularon el proceso de desarrollo interno permitiendo ganancias crecientes acumuladas gracias al aumento de las exportaciones, y por otra parte al bajar las importaciones impulsaron un aumento y diversificación de la producción nacional. El comercio exterior pasó de 2,2 billones de dólares en 1914 a 3,9 billones en 1918, fue el gran boom comercial.

Pero otra consecuencia importante a destacar es el papel creciente que comenzó a tener Estados Unidos no solo en la región centroamericana sino en toda América del Sur cuando, por la repatriación de capitales europeos, aumentó sus inversiones en la región. Las cifras son elocuentes por sí mismas: 1914 la inversión norteamericana alcanzaba los 365,7 millones de dólares, 1929 la cifra trepó a 3.013,8 millones de dólares.¹⁶

Este período caracterizado por la denominada diplomacia del dólar puso en evidencia:

1. La acción del gobierno norteamericano sobre nuevos países del área para abrirlos a sus capitales y
2. La utilización por parte de sociedades inversoras norteamericanas del apoyo de su gobierno para poder efectuar sus traslados de capitales a esta región. Apoyo político, diplomático o militar si era necesario. Recordemos en Colombia la misión Kemmerer y sus resultados. Desde 1924 Europa reorganizada vuelve a intentar recuperar sus mercados latinoamericanos. La naciente industria no pudo resistir el embate de la pujante industria europea y comenzó en estos países el debate sobre la necesidad de implantar el proteccionismo a las industrias. Sin embargo, el liberalismo económico se mantuvo hasta 1930.

Fué la crisis del mercado capitalista mundial en 1929 la que produjo una caída vertical de los productos exportables latinoamericanos. Internamente los países de la región -para evitar una mayor caída de los precios internacionales, procedieron a disminuir la producción. Las consecuencias no se hicieron esperar; la inmigración campesina hacia la ciudad aumentó provocando un proceso de descomposición rural y por otro lado las industrias latinoamericanas, frente a la imposibilidad de importar por la falta de divisas, tuvieron un relanzamiento como industrias sustitutivas integrando en parte a la masa de campesinos recién llegados a las ciudades.

El sector empresarial se fortaleció imponiéndose la necesidad de un mayor control por parte del Estado en la vida económica nacional. Se afirmó así una tendencia que proclamaba el nacionalismo económico, defendido por los sectores empresariales nacionales y el naciente proletariado.

A las transformaciones socio-económicas hay que agregar la influencia de las doctrinas ideológicas que proponían nuevas formas de organización del Estado ante los embates de futuras crisis económicas. El *New Deal* norteamericano, el fascismo y el nazismo europeo, el desarrollo del stalinismo en la Unión Soviética, llenaron un período marcado por el autoritarismo gubernamental y un nacionalismo desaforado.

Todas estas corrientes de opinión tuvieron sus ecos en América Latina entre 1930 y 1955, dando origen a diferentes corrientes nacionalistas, entre las que se destaca la línea del nacionalismo fascista que logró simpatía no solo entre los sectores oligárquicos que se fascinaron con el autoritarismo, sino aún en sectores progresistas que se encantaron con la oposición del fascismo a los centros mundiales capitalistas como Londres y Nueva York, dominadores en América Latina. Es decir, se desarrolló un nacionalismo fascistoide basándose en el hecho de que en política "el enemigo de mi enemigo es mi amigo".

Los partidos comunistas latinoamericanos nacidos en la década de 1920 a 1930 no lograron generar una línea nacionalista, por el contrario en varios casos (Argentina, por ejemplo), se mostraron incapaces de comprender el significado de los regímenes nacionalistas populistas, por su visión internacionalista. Fue durante el período de la segunda guerra mundial -que produjo efectos similares a lo sucedido en la primera guerra y la crisis de 1929- que se crearon en América Latina algunos gobiernos nacionalistas populistas como el de Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Jacobo Arbens en Guatemala. La propuesta del nacionalismo revolucionario socialista, de corte marcadamente antiimperialista, se desarrolló en Latinoamérica a partir de las propuestas de la revolución cubana en la década del 60, influyendo en sectores intelectuales, universitarios, obreros y campesinos.

Es de destacar que con antelación, el nacionalismo socialista tuvo importante expresión en la figura de un colombiano, Antonio García y su expresión política en el UNIR de Gaitán.

Debido a la expansión de las compañías multinacionales y la liquidación de la industria nacional latinoamericana a fines de los años 70 y comienzos de los 80, resurge entre sectores empresariales una tendencia nacionalista ante el hecho de verse convertidos en simples mayordomos del capitalismo internacional.

El nacionalismo burgués no ha podido desarrollarse en Latinoamérica con las características que presentó en los países industrializados por la inexistencia, justamente, de una clase burguesa nacional capaz de imponer su proyecto económico y político.

En el área de las artes plásticas, la década del 40 significó una ruptura con las pautas que caracterizaron las etapas anteriores. La actitud nacionalista, la búsqueda de lo propio como objetivo básico de la pintura es reemplazado por una aproximación creciente a las corrientes internacionales. El auge de las propuestas no figurativas, la creación de múltiples museos de arte moderno, el interés por las bienales, el agotamiento de los planteos político-estético que caracterizaron la época anterior, las críticas crecientes al arte mexicano y su exclusivismo muralístico, abrieron el camino a los movimientos internacionales de la plástica. Ello no significó desarraigo o que el artista diera la espalda a su propia realidad, sino que empezó a cuestionar la parcialidad de orientar la búsqueda en una sola dirección.

Figuras como las de Tamayo, Torres García, Matte, Lam, profundamente vinculados a la realidad latinoamericana, ponían en evidencia con la calidad de sus obras, que la preocupación nacionalista no podía ser base única para la creación.

Y si la década del 50 se abrió al informalismo, los sesenta mostraron nuevamente la indudable relación que existe -para algunos artistas- entre arte y contexto social. Procesos como la revolución cubana, el auge guerrillero, los rebrotes de movimientos estudiantiles (caso de México en 1968), el peronismo, el triunfo de la Unidad Popular en Chile, la guerra de Vietnam, el aumento del proceso de descolonización a nivel internacional¹⁷, provocaron un nuevo viraje en las propuestas plásticas y literarias del período.

En plástica la temática social o política, la crítica antiimperialista, reapareció, buscando lograr una clara relación entre el conflictivo medio y la propuesta. En literatura, el retorno a la historia como base del hilo narrativo (caso de Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos o Terra Nostra de Carlos Fuentes) el tema testimonial, buscó recuperar, modificando, una temática de décadas anteriores, y la lucha contra los poderes regresivos también se abordó literariamente.

Como señala con razón A. Rama¹⁸: "...son 'los del 68', año de rabia y esperanza pero también de enormes frustraciones".

- NOTAS
1. Gustavo Beyhaut *Raíces contemporáneas de América Latina*. Buenos Aires: EUDEBA (1968).
 2. G. Beyhaut *op. cit.*
 3. Jorge A. Manrique '¿Identidad o Modernidad?'. *América Latina en sus artes*. México: Siglo XXI, 1974.
 4. Marta Fernández y María Isabel Ogueta *Grabadores de la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1976.
 5. José E. Rodó *Ariel*. Buenos Aires: Ed. Jackson, 1948.
 6. Alberto Collazo *Posada y los grabadores mexicanos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
 7. Ana María de Urán *Nacionalismo, Militarismo y dominación en América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1983.
 8. J. A. Manrique *op. cit.*
 9. Raquel Tibol *Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo*. México: F.C.E., 1974.
 10. Raquel Tibol *Historia General del Arte Mexicano*. México: Ed. Hermes, 1964.
 11. Angel Rama *La Novela Latinoamericana 1920 - 1980*. Bogotá: Procultura, 1982.
 12. Adelaide de Juan 'Actitudes y Reacciones'. *América Latina en sus artes*. México: Siglo XXI, 1974.
 13. Ute Stebich *Haitian Art*. New York: The Brooklyn Museum, 1978.
 14. Leslie Manigat *L'Amérique Latine au XXe. siècle (1889 - 1929)*. Paris: Ed. Richelieu, 1973.
 15. L. Manigat *op. cit.*
 16. *Idem, op. cit.*
 17. A. de Juan *op. cit.*
 18. A. Rama *op. cit.*